
LUX
LIBERTAS

Rafael Arestigueta Montero.



POR LA PATRIA

DEFENSA

De la Academia Venezolana, Correspondiente
de la Real Española.



CARACAS
Tip. Moderna.-Este 4, N. 5
1894

Rafael Arestigueta Montero.



PRO PATRIA

DEFENSA

DE LA ACADEMIA VENEZOLANA, CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA.

Entre los más preciosos atributos que distinguen al hombre civilizado, que afirman, por decirlo así, su planta sobre la tierra y su frente en las claridades celestes, figura sin duda en primera línea, porque es elemento primordial de algunas facultades y complementario de otras muchas, la expresión del pensamiento en forma grata á la imaginación y al oído.

Con la primera brisa que refrescó los mundos, con la primera aurora que se levantó en el cielo, apareció la poesía. Por eso el primer hombre es el primer poeta: su lira no tiene sino tres cuerdas: Dios, el alma, la Creación; pero esta triple idea lo llena todo, pero este triple misterio contiene la serie infinita de perfeccionamientos que han

de llevarlo á su fin, es decir, á la posesión progresiva del tiempo y del espacio.

La necesidad de manifestar las voliciones del sentimiento, los procedimientos del raciocinio y las determinaciones de la voluntad inteligente y libre; así como el deseo de traducir por medio de los signos de lenguaje convencional, el alto amor á la Verdad, que es Dios mismo, el culto á la Poesía, que es la eterna armonía palpitando en los senos de la Naturaleza, y la suprema aspiración á la Belleza increada, que es el centro y término, luz y sombra de todo cuanto existe, son innatos en el hombre; y de esta inextinguible sed y de aquella imperiosa necesidad han nacido las Letras.

Ellas son en la lucha bienhechoras compañeras del hombre para todo noble triunfo y para todo legítimo adelanto: en la amargura de la vida, miel: en el desarrollo de las sociedades, el estímulo que más poderosamente las levanta por sobre las precarias condiciones terrenales: en la corriente de los siglos el único bajel que no teme borrascas ni jamás naufraga, porque le sirve de polar estrella el *más allá* y porque lleva de lastre esa bendita tendencia del género humano hacia una repartición igual de los goces de la vida y de las utilidades del saber.

De ahí que los pueblos todos, desde los tiempos primitivos, hayan otorgado importancia capital en sus destinos al cultivo de la Literatura.

Grande y de admirables resultados cuando el rayo divino de la civilización viene á fecundizar las épocas de Pericles ó de Augusto, de Alfonso el Sabio ó de Luis XIV, vésela siempre reverenciada, aunque abatida y estéril, hasta en los días más sombríos de la Historia.

Y el idioma, que es el vehículo y producto á la vez del progreso intelectual, sigue, como todas las creaciones del entendimiento, las visicitudes de los tiempos, para reflejar natural y sencillamente las costumbres, las necesidades, los movimientos del hombre material y de su espíritu. Informe y rudo en la infancia de las naciones, adquiere riqueza y flexibilidad en el desenvolvimiento de la sociedad política; animación y nervio con el choque vario y continuo de los intereses públicos; propiedad, elevación, cadencia, con la cultura y mejora moral de los individuos, que es la sola base cierta del engrandecimiento de los pueblos.

***

Cualquiera que sea la opinión que abriguemos sobre el origen del lenguaje, ora lo veamos definido en el Génesis como generoso dón del Altísimo por la palabra revelada, ora nos perdamos con Darwin en el abismo de las profanaciones de la razón en nombre de la razón misma, es un hecho innegable que ha tenido su resorte más eficaz en el *verbo*, sin el cual, como dice Plutarco, el hombre no haría sino meter ruido, esto es, articular sonidos vacíos, exhalando desesperado sus ayes de impotencia para comunicarse con los demás de su especie en el pasado, en el presente y en el porvenir, y establecer así en el Universo el brillante predominio de la idea.

Al redor de esa vibración del soplo divino ha venido agrupando la inteligencia todo el caudal de voces que requiere el cada día más ancho radio de sus facultades, por la sucesiva adquisición de conocimientos en las ciencias, en las industrias, en las artes y en todos los diversos campos de la humana actividad.

Mas, como es un hecho también que el árbol no se cubre de frutos sino cuando la lluvia ha fertilizado el terreno y robustecido sus fibras, sin embargo de encerrar ya desde el estado embrionario la savia generadora de su futuro florecimiento, así mismo las lenguas no llegan á ostentar toda su abundancia, corrección y lozanía, sino cuando se multiplican los acontecimientos en la vida de los pueblos, el saber y la experiencia entre los seres que las hablan.

Y cuál será, en medio de ese aumento indefinido de los raudales de un idioma por la constante introducción de voces nuevas y de giros y construcciones extrañas, cuál será la autoridad que regule y sancione los caprichos del uso, ese legislador de todas las lenguas? Dónde está el cincel y dónde la fuerza inteligente que á través de incesante renovación, lo dirijan siempre á los más altos grados de belleza y majestad?

Obra de tanta magnitud y trascendencia que nunca puede darse por concluida, no sería provechosa ni ennoblecedora para la humana estirpe, si en manos del acaso y del desorden la dejáramos.

Y Nación que, como Venezuela, habla la más hermosa lengua que moduló jamás el labio de los hombres; nación que por las dotes del ingenio ocupa puésto preminente en el estrado de aquella raza que ha venido marcando sus pasos sobre el planeta con estruendo de victorias y cuyos ideales son relámpagos de perpétua luz en la noche de los tiempos, no querrá, nó, abdicar uno de los pocos pero insignes títulos de superioridad que puede lanzar á la faz de la altanera Albión, cada vez que amenace con su avaricia los tesoros de nuestro

suelo ó con la boca de sus cañones el iris purísimo de nuestra dignidad!

Inglaterra echa de menos hace tiempo, en su movimiento literario, la influencia saludable de una Academia conservadora de la Lengua.

Veamos cómo deplora semejante falta uno de sus más conspicuos literatos, el eminente crítico Mr. Arnold, y á qué funestas causas la atribuye.

* * *

Es imposible, dice, dejar un libro como la *Historia de la Academia Francesa*, por Pellisson y D'Olivet, que Mr. Charles Livet ha reeditado recientemente, sin inclinarse á reflexionar sobre la carencia que hay en nuestro país de una institución como la Academia Francesa, las causas probables de no haberla y sus resultados. Mil voces se dispondrán á decirnos que ésta es una señal evidente de nuestra superioridad nacional; que en gran parte se debe á esta falta el que las graciosas palabras de Macaulay, dadas á conocer últimamente por su discreto sobrino Mr. Trebelyan, sean una verdad muy profunda: «Puede decirse con seguridad que la literatura existente ahora en el idioma inglés es de mayor valor que toda la literatura que había hace trescientos años en todos los idiomas del mundo juntos.» Me atrevo á decir que así es; sólo que, recordando la máxima de Spinoza, de que los grandes males de la humanidad son el amor propio y la pereza que trae consigo, imagino que nos sea conveniente

mirar con más atención si esto es así y tan sin límites, en vez de confiar en nuestra superioridad.

Pero antes de nada debo consagrar algunas palabras á la historia que se conserva de la Academia Francesa.

Por el año de 1629, siete ú ocho personas en París, aficionadas á la literatura, formaron una especie de pequeño Club para reunirse en las casas de unos y otros y discutir asuntos literarios. Se habló de sus reuniones, y el Cardenal de Richelieu, ministro entonces y poderoso, oyó hablar de ellas. Tenía él también una noble pasión por las letras y por toda refinada cultura, y le interesó lo que oyó de la sociedad naciente. Era hombre que poseía como ningún otro un estilo brillante, y tuvo el talento de comprender qué valioso y escogido instrumento estaba á su disposición. Comenzaba para Francia un siglo ilustre, el XVII; los cerebros de los hombres trabajaban, el idioma francés se formaba. Richelieu envió á preguntar á los miembros de la nueva sociedad si querían formar una corporación de carácter público y tener reuniones metódicas. No sin alguna vacilación, —pues al parecer se hallaban muy bien como estaban, y esos siete ú ocho caballeros de posición social y literaria no estaban muy tranquilos cuanto á lo que el ilustre y terrible ministro podía querer de ellos—consintieron. Los favores de un hombre como Richelieu no se rehusan fácilmente, sean bien ó mal intencionados; pero este favor era de buena intención. No obstante, el Parlamento tuvo sus dudas para esto. No tenía el entusiasmo que Richelieu por las letras y la cultura, y estaba celoso de la aparición en el Estado de una nueva institución pública, sobre todo por ser traída á

la existencia por Richelieu. La carta-patente del Rey, estableciendo y autorizando la nueva sociedad fué concedida en los comienzos de 1635; pero por la antigua Constitución francesa, esa patente requería la aprobación del Parlamento. Trascurrieron dos años y medio—hacia el otoño de 1637—antes que el Parlamento la diese, y entonces lo hizo solamente después de apremiantes solicitaciones y vehementes seguridades de las puras intenciones de la naciente Academia. Las gentes chanceras decían que esta sociedad, con su misión de purificar y embellecer el idioma, llenaba de terror á una corporación de letrados como los del Parlamento francés, asilo de inculta jerigonza y de embrollo.

Este perfeccionamiento del idioma era, en verdad, la declarada y elevada aspiración de las operaciones de la Academia. Los estatutos de fundación, aprobados por Richelieu antes que el edicto real se hubiese expedido, decían expresamente: «La principal atribución de la Academia será trabajar con todo el cuidado y diligencia posibles en dar reglas fijas á nuestro idioma, y hacerlo puro, elocuente y capaz para tratar de las artes y las ciencias.» Este celo por hacer un brillante instrumento para el pensamiento de una nación—su idioma—correcto y digno, es sin duda un signo lleno de promesas, una importante balanza de su poder futuro. Se ha dicho que Richelieu tenía en la mente la idea de que el francés sucediera al latín en su general ascendencia, como el latín había sucedido al griego; si así fué, este deseo se ha cumplido en cierto grado. Pero de todos modos, las influencias *éticas* del estilo en el idioma, sus estrechas relaciones con el carácter, tan á menudo indicadas, son importantísimas. Ri-

chelieu, hombre de inmensa cultura y al mismo tiempo de elevado carácter, las sentía profundamente; y el que haya tratado de regularizarlas, fortalecerlas y perpetuarlas por una institución que perfeccionase el lenguaje, es una prueba admirable de su espíritu de gobierno y de su genio.

Sin embargo, no era todo lo que tenía en su imaginación. La nueva Academia, aumentada á corporación de cuarenta miembros, y con propósito de contener los principales literatos de Francia, iba á ser un *tribunal literario.* Antes de ser publicadas las obras de sus individuos, habían de traerse para ser criticadas, y si las encontraban en regla, se publicarían con su aprobación declarada. Las obras de otros escritores, que no fuesen miembros de la Academia, podrían también pasar por su revisión, á petición de ellos mismos. Además de esto, la Academia examinaba y juzgaba con pruebas y discusiones las obras ya publicadas, de autores que estuviesen vivos ó muertos, y los asuntos literarios en general. El famoso dictamen sobre el *El Cid* de Corneille, dado por la Academia en 1637, por urgente petición de Richelieu, cuando este poema, que ocupaba fuertemente la atención pública, fue atacado por M. Scudery, demuestra cuán de lleno asignaba Richelieu á su nueva creación el deber de actuar como un tribunal supremo de literatura, y cuán pronto comenzó á ejercer de hecho esta función. Una persona (La Mesnardière) que había conocido á Richelieu, declaró después de la muerte del Cardenal, que tenía proyectada una institución aún más grandiosa que la Academia, una suerte de asamblea europea de arte, ciencia y literatura, un Prytaneum, donde los principales autores de toda Europa se reuniesen en una re-

sidencia central y viviesen con tranquilidad, comodidades y honor; ese era un sueño que no se desarraigará por haberse arrancado con violencia. Pero el proyecto de formar un alto tribnnal de las letras no fué un sueño para Francia; Richelieu lo cumplió en gran medida.

Esto es lo que por su representación es la Academia; lo que siempre ha pretendido ser; lo que de vez en cuando ha sido; por ser ó procurar ser esto, más aún que por lo que ha hecho en el idioma, tiene en Francia tanta importancia. Su tarea es dar ley y tono á la literatura, y que ese tono sea elevado. «Richelieu, dice Mr. de Sainte-Beuve, quería que fuese un *haut jury*, un jurado el más escogido y autorizado que pudiera hallarse para todas las materias literarias de importancia que estuviesen en litigio ante el público; para ser, como lo fue en efecto en la última mitad del siglo XVIII, un órgano soberano de la opinión.»

Todas las edades, dice Mr. Renán, han tenido su literatura inferior; pero el gran peligro de nuestro tiempo es que ésta tiende cada vez más á alcanzar plaza de superior. Nadie tiene una prerrogativa como la de la Academia para combatir este mal; la institución que tiene facilidades especiales para crear una forma de cultura intelectual *que se impondrá en todas partes.*»

Renán y Sainte-Beuve son críticos muy sagaces; y lo manifiestan señaladamente por reconocer y dar este carácter tan sobresaliente á la Academia francesa. Un empeño tal de erigir una autoridad reconocida, imponiéndonos un noble modelo en materias de inteligencia y buen gusto, tiene muchos enemigos en el linaje humano. A todos nos gusta ir por nuestro camino, sin que

nos obliguen á salir de la atmósfera de la vulgaridad, que es la habitual para los más, como dice Goethe. Queremos que se nos deje acostar cómodamente en la paja de nuestros hábitos, especialmente de los intelectuales, aunque esta paja no esté limpia y escogida. Pero si el esfuerzo en limitar esta libertad de nuestra condición inferior encuentra, como es regular que suceda, enemigos en la humanidad, también halla auxiliares. Dice Cicerón que de las cuatro mayores partes de lo *honestum* ó bueno que forma la materia sobre la cual el *officium* ó deber humano encuentra empleo, una es la de fijar un *modus* y un *ordo*, una medida y una regla, para amoldar y reprimir saludablemente nuestra facultad de acción, levantándola por cima del nivel que tiene si se la deja entregada á sí misma, y aproximarla á la perfección. Los demás animales siguen sumisamente la ley de su naturaleza; sólo el hombre tiene un impulso que le guía á instituir alguna otra ley para dominar la tendencia de su índole. Por supuesto, que esto tiene tanta influencia en las materias morales como en las intelectuales, pero generalmente es en las morales que solemos pensar cuando lo aseguramos. M. de Sainte-Beuve no tenía por lo visto, en la memoria, esas palabras de Cicerón, cuando hizo acerca de la nación francesa, la aserción que voy á citar; pero apesar de todo, el aserto se apoya en la verdad que encierran las palabras de Cicerón, y las explica y confirma admirablemente.

«En Francia, dice Mr. de Sainte-Beuve, la primera consideración para nosotros no es si quedamos recreados y complacidos con una obra de arte ó de imaginación, ni si nos conmueve. Lo que buscamos es saber si *tenemos razón* en estar

recreados, en aplaudirla y en ser conmovidos por ella.»

Estas son palabras muy notables, y según creo, verdaderas en lo principal. Un francés tiene en alto grado, en materias de inteligencia, lo que uno puede llamar conciencia, y una viva creencia de que hay en ellas bueno y malo; que está obigado á honrar y obedecer lo bueno y que se deshonra adhiriéndose á lo malo. Todo el mundo tiene, ó profesa tener, esta conciencia en asuntos morales. La palabra *conciencia*, en el uso popular, ha llegado á quedar confinada casi, á la esfera moral, porque esta susceptibilidad de sentimientos es en lo moral mucho más común que en lo intelectual; cuanto más viva es en lo moral, tanto más dispuesto está un hombre á admitir una norma severa de acción, un ideal autorizado para enderezar sus costumbres diarias; y la admisión voluntaria de tal autoridad es debida á la sensibilidad de conciencia. Como la deferencia á un modelo más ilustrado que el propio, y al reconocimiento respetuoso de un ideal superior, es causada, en la esfera intelectual, por la sensibilidad de la inteligencia. Los que tienen la inteligencia más viva y sensible, están prontos á guardar esta deferencia; los que la tienen menos delicada y sensible están menos dispuestos á reconocer esta superioridad.»

La ignorancia es muy atrevida, se ha repetido siempre como proverbio vulgar, y abundan por desgracia en Venezuela criterios tan superficiales, por decir lo menos, que aspiran á una igualdad absoluta en el mundo de las Letras, como la que los principios de la democracia moderna consagran en los derechos políticos y civiles: niegan á la verdad su libre ministerio y al talento sus augustas

prerrogativas, como si no tuviésemos el orden escrito bajo nuestros pies y la armonía de los cielos suspendida sobre nuestras cabezas!

Por manera que aquí solamente cuando gobiernan estadistas de la talla de Richelieu, que saben favorecer el progreso intelectual porque conocen el complexo mecanismo de sus impulsos, encuentra el genio atmósfera, y alas espléndidas las musas para cernerse en las alturas del cielo nacional.

Fuera de esos luminosos períodos de nuestra triste historia de discordias y desaciertos, escóndese aquél, ruborizado de las pátrias desventuras, y éstas, las deidades protectoras de todas las civilizaciones que han surcado las terrenales éras, apenas si despiden fugitivo destello de luciérnagas.

Hasta la lira de la epopeya enmudece, porque no tiene tonos para cantar estragos del bronce fratricida.

¿ Significan acaso estas afirmaciones que no proclamemos la maravillosa fecundidad intelectual de nuestro país? Nó, sino que, por infalible ley, ni los grandes edificios pueden construirse sobre arena, ni las más altas siluetas destacarse donde no se abran despejados y magníficos horizontes.

***

«Ahora ya estamos en camino, continúa el citado publicista inglés, de ver por qué los franceses tienen su Academia y nosotros no la tenemos. Cuáles son las cualidades esenciales del espíritu de nuestra nación? De ningún modo las de una imaginación franca y despejada, ni una inteligencia viva y flexible. Nuestros admiradores más fervorosos no pretenderían que nos las concediesen en un grado máximo; podrían decir que las tenemos mayores de lo que creen nuestros detractores, pero no afirmarían que sea nuestra cualidad principal. Más bien alegarían como principales dotes nuestras, la energía y la rectitud; y si somos juzgados favorablemente y en absoluto, sin envidia é injusticia, sin duda la energía y la rectitud son nuestras principales cualidades, y no una imaginación franca y clara, ni una inteligencia viva y flexible. En tiempos antiguos, la claridad de imaginación y viveza de inteligencia fueron propiedades muy señaladas del pueblo ateniense, y esas mismas cualidades son notablemente ca-

racterísticas del pueblo francés en los tiempos modernos; por lo menos, lo distinguen evidentemente comparado con el nuestro. Creo que todos ó casi todos reconocerán eso. No preguntaré ahora qué otras cualidades tiene el espíritu ateniense ó el francés, ni cuán poco afortunadas pueden ser las que tengan en contra; lo que quiero indicar es que tienen éstas y nosotros las tenemos en grado mucho menor. Que se permita observar, sin embargo, que no sólo en la esfera moral, sino también en lo intelectual y espiritual, la energía y la rectitud son propiedades más importantes y fértiles, que, por ejemplo, la parte más esencial de lo que llamamos ingenio vigoroso. Asignando así á una nación la energía y rectitud como sus principales cualidades espirituales—al rehusarle entre sus cualidades eminentes, la claridad de imaginación y flexibilidad de inteligencia—de ningún modo disminuimos, como algunas gentes podrían suponer, su importancia y su poder para mostrarse eficiente en lo intelectual y en lo moral. Sólo indicamos sus condiciones especiales de actividad próspera en la esfera intelectual, y como es cierto, algunas imperfecciones y faltas á las que estará siempre sugeta. El genio es sobre todo un asunto de energia, y la poesía lo es de ingenio; por lo tanto una nación cuyo talento se distingue por la energía, puede ser eminente en poesía, y nosotros tenemos á Shakespeare. El más elevado alcance de la ciencia se puede decir que es la potencia inventiva, una facultad de intuición semejante al dominio más elevado ejercido en la poesía; por lo que una nación cuyo espíritu está cárecterizado por la energia, puede ser eminente en la ciencía, y tenemos á Newton, Shakespeare y Newton: en la esfera intelectual

no pueden haber nombres más esclarecidos. Y lo que la energía, que es el alimento del genio, pide por encima de todo es libertad; independencia completa de toda autoridad, prescripción y rutina, el espacio más amplio para extenderse como quiera. De suerte que una nación cuyo rasgo principal característico es la energía, no será muy apta para instituir en asuntos intelectuales un modelo fijo, una autoridad como la de una academia; con esto se evitan ciertas inconveniencias, y al mismo tiempo puede, como hemos visto, alcanzar innegables y espléndidas alturas en la poesía y en la ciencia. Por otra parte, algunos de los requisitos del trabajo intelectual son especialmente asunto de viveza de imaginación y flexibilidad de inteligencia. En la labor intelectual, la forma, el método de evolución, la precisión, las proporciones y las relaciones de las partes con el todo, dependen principalmente de ellas. Y esos son los elementos que están más en comunicación y pueden aprenderse y adoptarse, y hacer el mayor efecto en la composición intelectual de los demás. Aun en la poesía son muy importantes estos requisitos, y la poesía de una nación que no es eminente por las dotes de las cuales depende, sufrirá más ó menos por esta desventaja. Sin embargo, en la poesía, después de todo, son secundarios, y la energía es lo principal; pero en prosa son de primera importancia. En su literatura en prosa y en la rutina del trabajo intelectual, una nación que no traiga dotes particulares para eso, no será tan afortunada. Estas son las que, como he dicho, pueden aprenderse y adoptarse, mientras que la genuina actividad del genio no se adquiere. Las Academias las consagran y sostienen, y por tanto, una nación

con notables aptitudes de adaptación es natural que las establezca. Las inconveniencies anotadas arriba quedan compensadas con creces por la propagación en gran escala de las aptitudes y pretensiones mentales que la flexibilidad y viveza inteligentes engendran, y á la larga el ingenio toma también gran parte en esta propagación, y corporaciones como la Academia Francesa tienen tal poder para promoverla, que su existencia es, en conclusión, más bien favorable que embarazosa para el progreso del espíritu humano en general.

¡Cuánto más importante es nuestra nación en la poesía que en la prosa! En las producciones de su espíritu, ¡cuánto mejor se manifiestan las cualidades del ingenio que las de la inteligencia! En las obras individuales puede uno observar esto constantemente. Un inglés de buen talento, pero que no está reconocido como poeta, ¡cuánto más notable es en verso que en prosa! Sus versos se resienten en parte de que no sea poeta en realidad, y en cierto modo, de los mismos defectos que sin duda echan á perder su prosa, y no puede expresarse con todo acierto. Pero cuánto más se destaca su personalidad, por la fuerza del sentimiento y de la originalidad y movimiento de las ideas, que escribiendo en prosa! Con un francés de igual temple sucede lo contrario: ponedle á escribir poesía; es limitada, artificial é impotente; ponedle á escribir en prosa, y es galano, natural y eficiente.

El poder de la literatura francesa está en sus prosistas, el dominio de la inglesa en sus poetas. Y aun muchos de los poetas franceses muy celebrados dependen en cierto modo para su fama de las cualidades de inteligencia que

demuestran, cualidades que son el principal sostén de la prosa : la fama de muchos prosistas ingleses célebres depende enteramente de sus cualidades de ingenio é imaginación que son el distintivo apoyo de la poesía. Pero, como he dicho, las condiciones del ingenio son menos trasmisibles que las de la inteligencia ; no se pueden aprender inmediatamente ni apropiarse su producto, son menos directas y comunicativas, aunque pueden ser más hermosas y divinas. Shakespeare y nuestro ilustre grupo del reinado de Isabel eran escritores mejor dotados que Corneille y su grupo ; pero cuál fue la continuación de esta ilustre literatura, de la literatura de ingenio, como podemos llamarla, ampliándola desde Marlow á Milton, ¿ adónde llevó á la literatura inglesa ? á nuestra tosca literatura de segunda clase del siglo XVIII.

Por otra parte, qué secuela ha tenido la literatura francesa del *gran siglo*, como, por comparación con la nuestra del tiempo de Isabel, podemos llamarlo ; adónde la condujo ? A la del siglo XVIII, una de las intervenciones intelectuales más poderosas y penetrantes que han existido, la fuerza mayor de Europa en ese siglo. En la ciencia, pues, hemos tenido á Newton, un genio del orden más elevado, el tipo del genio en la ciencia, si hubo alguno. En el continente, como una especie de equivalente á Newton, brilló Leibnitz, hombre que me parece, aunque en estas materias hablo sin competencia, de mucho menos energía creadora y mucho menos poder de intuición que Newton, pero de admirable inteligencia, el tipo de la inteligencia en la ciencia, si hubo alguno. Y bien, adónde llevaron directamente á la ciencia ? qué generación intelectual se originó de uno y otro ? No hago más que repetir lo que los hombres

de ciencia han indicado. El hombre de genio fue continuado por los analizadores del siglo XVIII, discípulos ineptos en comparación del renombrado maestro. Al hombre de inteligencia siguieron sucesores como Bernouilli, Euler, Lagrange y Laplace, los nombres más insignes en las matemáticas modernas. (*)

Lo que deseo que el lector vea es que la cuestión, cuanto á la utilidad de las academias para la vida intelectual de una nación, no está aclarada cuando decimos, por ejemplo: Oh! nunca tuvimos una academia, y sin embargo tenemos reconocidamente una literatura muy importante! Resta preguntar: qué suerte de literatura importante? ¿Lo es por las especiales condiciones del ingenio ó por las cualidades especiales de la inteligencia? Si en el primer caso no es de ningún modo seguro que la literatura ó la vida intelectual de nuestra nación en general haya adquirido ya sin academias todo lo que éstas pueden proporcionar á una y otra, pueden faltarles algunas de las cualidades de inteligencia que dimanan de una corporación como la Academia Francesa, y que ésta contribuye mucho á extender y confirmar. Nuestra literatura, á pesar del ingenio que manifiesta, puede ser deficiente en la forma, método, precisión, proporciones y arreglo, cosas propias de la inteligencia. Puede ser floja en la prosa,

---

(*) El autor de esta obra hace constar que las traducciones de escritos extranjeros de que se ha valido para apoyar su defensa, son *literales*, y desprovistas por consiguiente del clásico sabor del propio idioma. Apenas se ha permitido de vez en cuando alguna indispensable corrección.

Siente sobremanera no haber obtenido los textos originales, especialmente del célebre Arnold, para ofrecer al público traducciones *libres*, adaptadas á la índole y elegantes giros de la lengua castellana.

Aunque sus conocimientos en idiomas vivos, y aun en el nativo mismo, no son muy profundos, cree quc cualquier venezolano piensa y se expresa y traduce mejor que un inglés: ¡como que tenemos Academia!

ramo de la literatura que es peculiar á la inteligencia, para decirlo todo de una vez. En esta rama pueden verse muchas faltas graves ligadas á la carencia de una inteligencia viva y flexible, y de la estricta norma que ella tiende á imponer; puede estar llena de accidentes, crudezas, provincialismos, excentricidades y yerros. Puede ser un medio intelectual menos comunicativo y eficaz, sobre nuestra nación y á la larga sobre el mundo, que otras literaturas que demuestran acaso menos genio pero más inteligencia.

La verdadera conclusión es, de cierto, que deberíamos ensayar, hasta donde podamos, el enderezar nuestras desventajas; y para este fin, en lugar de fijar siempre nuestros pensamientos en los puntos en que nuestra literatura está fuerte, los fijemos de vez en cuando en lo que está débil, y aprendamos así á percibir con claridad lo que tenemos que enmendar. Cuál es nuestro segundo rasgo espiritual, nuestra rectitud, y para qué es buena sino para esto? Pues lo será—estoy seguro—cada vez más, según trascurra el tiempo.

Pues bien; *una institución como la Academia Francesa—que debe su existencia á una tendencia nacional hacia las cosas del entendimiento, hacia la cultura, la claridad, corrección y propiedad en el pensar y hablar—á la vez que promueve esta afiición, fija modelos en diversas direcciones, y crea en todas ellas una fueiza de opinión educada, que separa y rechaza las que no siguen esos modelos ó los menosprecian.*

Aquí, como en Francia, existe la opinión ilustrada; pero en Francia la Academia sirve de centro de donde irradian todas y le dan una fuerza que aquí no alcanza. Por qué todo el trabajo

del obrero de la literatura, como yo lo llamaría, es mucho peor hecho aquí que en Francia? No deseo herir las susceptibilidades de nadie; pero ciertamente que esto es así. ¡Pensad en la diferencia entre nuestros libros de consulta y los franceses, entre nuestros diccionarios biográficos (como ejemplo patente) y los suyos; pensad en la diferencia entre las versiones de los clásicos traducidos para la librería de Mr. Bohn, y los traducidos para la colección de Mr. Nisard! Como regla general, con dificultad cualquiera de entre nosotros que sepa bien el francés y el alemán usaría un libro inglés de consulta si podía tener uno francés ó alemán; ni compraría la versión en prosa inglesa de un autor antiguo cuando pudiese adquirir una francesa ó alemana. No es que no exista en Inglaterra como en Francia un número de personas perfectamente capaces de discernir lo que es bueno en esas cosas, de lo que es malo, y de preferir lo bueno; pero están aisladas, no forman un poderoso núcleo de la opinión, no son bastantes fuertes para fijar un modelo al que la literatura diaria sea sometida, si se ha de vender. La ignorancia y el charlatanismo en este género de trabajo, tratan siempre de que sus obras sean admitidas como excelentes y claman contra la crítica como la voz de una minoría insignificante y fastidiosa; cuando la minoría está esparcida como aquí, persuaden fácilmente á la multitud de que esto es así; cuando está congregada como en la Academia Francesa, no es tan fácil. Así pues, las estravagancias traficando con el idioma tienden á empañar su poder y belleza; y cuánto más comunes son en nosotros que en los franceses! Tomando un ejemplo familiar; todos han reparado la manera cómo *The Times* escribe la

palabra «diocése;» «siempre escribe *diocess*, derivándola, supongo, de *Zens* y *census*. *Le Journal des Debats* podría también escribir «diocess» en lugar de *diocēse*, pero imagináos al *Journal des Debats* haciéndolo así! Imagináos un francés ilustrado permitiéndose una ortografía antigua de este género, frente al grave acatamiento con que la Academia y su Diccionario revisten el idioma francés! Algunas gentes dirán que estas son pequeñeces, y no lo son, porque dan mal ejemplo. Tienden á esparcir la perjudicial idea de que no hay cosa como la de un modelo correcto en materias intelectuales; que puede cada uno tomar camino, y están en oposición con la severa disciplina necesaria á toda cultura verdadera; nos confirman en las habitudes de la obstinación y excentricidad que malea nuestros entendimientos y perjudica nuestro crédito entre las personas serias. El difunto Mr. Donaldson, fué ciertamente, hombre de gran capacidad, y yo, que no soy un orientalista, no pretendo juzgar su *Jashar*, pero que el lector observe la forma en que da su opinión sobre él un orientalista extranjero. Mr. Renán lo llama *une tentative malhereuse*, un disparate, en pocas palabras, puede que sea así ó que no sea: yo no soy juez. Pero él continúa: «Es asombroso que un artículo reciente (alude á un periódico francés), haya dado á luz, como la última palabra de clara interpretación alemana, una obra como ésta, compuesta por un Doctor de la Universidad de Cambridge, y universalmente condenada por los críticos alemanes.» Ya véis lo que da á entender: una extravagancia de este género no podía venir de Alemania, donde hay nna fuerza de opinión crítica que censura los caprichos de un literato y le endereza: viene de

la tierra natal de la excentricidad intelectual de todas clases—de Inglaterra, de un Doctor de la Universidad de Cambridge—me atrevo á decir que no esperaría mejores cosas de un Doctor de la Universidad de Oxford. Además, después de hablar de lo que Alemania y Francia han hecho para la historia de Mahoma, «América é Inglaterra, continúa Mr. Renán, también se han ocupado de Mahoma.» Menciona la *Vida de Mahoma* de Washington Irving, que, según dice, no demuestra mucho sentimiento histórico, *un sentiment historique, fort, élevé;* «pero este libro demuestra un verdadero progreso cuando uno piensa que en 1829 Mr. Carlos Forster publicó dos gruesos volúmenes que encantaron á los *reverendos* ingleses, para probar que Mahoma fué el cuerno pequeño del macho cabrío que figura en el Capítulo VIII de Daniel y que el Papa era el cuerno grande. Mr. Forster fundó sobre este ingenioso paralelo toda una filosofía de la historia, según la cual el papa representa la corrupción de la cristiandad de Occidente y Mahoma la de Oriente; de ahí los notables parecidos entre el mahometanismo y el papado.»

Y en una nota Mr. Renán añade: «Este es el mismo Mr. Forster que es autor de una mixtificación acerca de las inscripciones sinaíticas, en la que declara que halla el lenguaje primitivo.» Que vale tanto como decir: «es un inglés, no hay que sorprendernos de ninguna extravagancia.» Si estas insinuaciones no tuviesen fundamento y fuesen hechas por odio ó malicia, no valdrían un momento de atención; pero vienen de un grave orientalista, sobre el asunto que le es peculiar, y señalan un hecho verdadero: la ausencia en Inglaterra de alguna fuerza de opinión ilus-

trada, literaria y científica, que deje fuera de debate aberraciones como la del autor de *El Idioma Primitivo.* No solo el autor de tales aberraciones, siendo con frecuencia hombre despejado, padece por la falta de censura, por no ser enderezado y gastar en vano la fuerza en una senda falsa, la que, con mejor disciplina hubiera usado útilmente en una verdadera, sino que todos sus parciales *reverendos* y demás padecen también, y la clase general de información y opinión queda de este modo muy malparada. En una producción que todos hemos leído últimamente, impresa con una propiedad literaria muy rara en este país, en esta producción, obra de un hombre que ningún hijo de Oxford puede nombrar sin simpatía, el Doctor Newman, se usa con frecuencia una expresión que es más común en el lenguaje teológico que en el literario; pero que me parece á propósito para un servicio general, la *nota* de ésto y de lo otro,la nota de Catolicismo, de antigüedad, de santidad y demás. Adoptando esta expresiva palabra, digo que en la mayor parte de la labor intelectual de una nación que no tiene un centro, una metrópoli de la inteligencia, como una Academia, como el *soberano órgano de la opinión* de Mr. de Sainte-Beuve, la *reconocida autoridad en materias de tono y gusto* de Mr. Renán, se observa una *nota de provincialismo.* Desembarazarse de esto es un cierto progreso de cultura, un paso para el resultado positivo al que no damos demasiada importancia, pero que es, sin embargo, indispensable para llevarnos á la altura donde puede decirse que justamente comienza la labor superior. La obra hecha por el modelo de los hombres que alcanzaron esta llanura es clásica, y la única que habrá de subsistir. La *hez* que

hay en las obras de los hombres de gran talento que no han arribado á esta altura, á eso se debe. El ingenio les alza por momentos, y las partes de su trabajo que son inmortales están hechas en estos momentos; pero muchos más serían inmortales si no hubiesen alcanzado la altura sólo por momentos, y hubiesen tenido la cultura de los hombres que viven en ella.

Cuanto menos una literatura ha sentido la influencia de un supuesto centro de correcta información, juicio y gusto, más hallaremos en ella esta nota de provincialismo. y si la tiene por estar lejos de tal centro, al no haberlo se hace todavía más visible y más común. Pues las mayores facultades del entendimiento no bastan al hombre; esas grandes facultades le harán guiarse á sí mismo y pensar con profundidad, en medio de la ignorancia y vulgaridad que le rodee; pero no conservará su gusto y estilo perfectamente puros y firmes si permanece demasiado entregado á sí mismo, sin un *soberano órgano de la opinión* en las materias que le ocupan. Aun en hombres como Jeremías Taylor y Burke se echa de menos. Ved este pasaje del sermón funeral sobre lady Tarbery:

«Del mismo modo que he visto un río, hondo y apacible, pasando con silenciosa corriente y mansa superficie, ir á pagar al *fisco*, á la inmensa *tesorería* del mar, un tributo liberal y copioso; y muy inmediato á él un aroyuelo, saltando en burbujas y bullicioso, sobre su fondo desigual y cercano, pagando al ajustar su cuenta después de todo su estrépito jactancioso, nada más que la renta de una nubecilla ó el agua que puede contener una vasija; así he comparado algunas

veces el fervor de su religión á las solemnidades y extorioridades famosas de la piedad de otras.»

Este pasaje ha sido, sin embargo, muy admirado, y tiene, á lo verdad, un ingenio innegable. Por mi parte diría que el ingenio, divinidad que dirije la poesía, estuvo demasiado solícito, y la inteligencia, divinidad que dirije la prosa, no lo fue bastante. Pero nadie que tenga en la mente los mejores modelos de estilo, puede dejar de advertir la nota de provincialismo, la falta de sencillez, de medida y de todas las cualidades que hacen clásica la prosa. Si no advierte lo que digo, que coloque al lado del pasaje de Taylor éste del panegírico de San Pablo, de Bossuet, contemporáneo de aquél :

«*Il ira, cet ignorant dans l'art de bien dire, avec cette locution rude, avec cette phrase qui sent létranger, il ira en cette Grèce polie, la mère des philosophes et des orateurs; et malgré la resistence du monde, il y établira plus d'Eglises que Platon n'y a gagné de disciples par cetce eloquence qu'on a crue divine.*»

Ahí tenemos prosa sin nota de provincialismo, prosa clásica, prosa del centro.

O leed á Burke, el prosista inglés más ilustre á mi juicio: ved su manera de expresarse :

«Ofuscados ellos mismos, como toros que cierran los ojos para embestir, empujan con las puntas de las bayonetas á sus esclavos, no menos cegados, por cierto, que sus dueños y poniendo en circulación sus invenciones, como cosas de valor corriente, les hacen tragar píldoras de papel á la dosis de treinticuatro millones de libras esterlinas.»

O esto: «Ellos lo usaban (el nombre real) como una especie de cordón umbilical para alimentar

su abortada prole desde las entrañas de la realeza misma; ahora que el monstruo provee por sí á su subsistencia, únicamente lo llevará como una marca, como una señal de haber sido arrancado del vientre que lo engendró.»

O esto: «Sin la pena natural, él (habla de Rousseau) arroja como si fuesen desperdicios de basura el fruto de sus asquerosos amores, enviando sus hijos á la inclusa.»

O esto, finalmente: «Confieso que jamás me ha gustado esta continua charla de resistencia y revolución, ni la costumbre de hacer su pan de cada día con la medicina extrema de la Constitución. Eso hace el trato social peligrosamente veletudinario, es tomar dosis de mercurio sublimado periódicamente y tragar repetidos estimulantes de cantáridas por amor á la libertad.»

Encuentro que esta es una prosa extravagante, entregada á su capricho y tolerada en demasía, muy alejada del centro del buen gusto, y por consiguiente, con la nota de provincialismo. Las gentes acaso repliquen que es rica en colorido. Sí, así es en efecto; es prosa *asiática*, como dirían los antiguos críticos, prosa rica y sobrecargada de barbarismos. Pero la prosa verdadera y pura es la *ática*.

Pues la prosa de Addison es ática. Y entonces, dónde está su nota de provincialismo? Contesto: en la vulgaridad de las ideas. Es asunto que vale la pena de una observación.

Addison pretende ir á la cabeza de la fila como moralista. Para hacer eso debéis tener ideas de primer orden sobre vuestro objeto—las mejores ideas asequibles en vuestro tiempo—como también ser capaz de expresarlas en un estilo perfectamente puro y seguro. De otro modo,

mostraréis en esa materia la distancia en que estáis del centro de las ideas, sois provinciano en vuestra materia, aunque no lo seáis en el estilo. Poco importa comparativamente expresarse uno bien, si sólo se expresan ideas vulgares: *el problema es expresar ideas nuevas y profundas en estilo perfecto, puro y clásico.* En cada siglo, el que hace eso, es el clásico verdadero. Y Addison sobre asuntos morales tiene la fuerza de ideas de los moralistas de primera clase: de los moralistas clásicos no tiene la superioridad en las ideas de su tiempo, que entonces flotaron en el aire y fueron después acojidas por los espíritus refinados: en sagacidad, eficacia y delicadeza de pensamiento, no tiene comparación con Pascal ó La Bruyère ó Vauvenargues; en este punto, más bien está al nivel de un hombre como Marmontel. Por eso digo que tiene como moralista la nota de provincialismo; lo es en sus asertos aunque nó en el estilo.

Aclararé mis palabras con un ejemplo. Addison, como moralista, dice sobre estabilidad en la fé religiosa:

«Los que se recrean en leer libros de controversia, llegan raras veces á tener una perseverancia en la fé fija y serena. La duda que se aquietó revive á través y se manifiesta en nuevas dificultades; y por esta razón es por lo que la imaginación que se agita en controversias y disputas, está pronta á olvidar las razones que la tranquilizaron y á inquietarse con la perplejidad anterior, al aparecer en otra forma ó ser suscitada por diferente causa.»

Puede decirse que este párrafo es clásico, perfecto en lucidez, modo y propiedad: no tengo objeción que hacer; pero á mi vez digo que

la idea expresada es de todo punto trivial y estéril, y que es una nota de provincialismo en Addison, el hombre á quien una nación presenta como uno de sus insignes moralistas, no tener una idea de más fundamento y más efecto sobre tan importante asunto. Comparad estas palabras, sobre el mismo tema, de un moralista de primer orden, que en realidad es del centro por sus ideas, Joubert:

«*L'experience de beaucoup d'opinions donne á l'esprit beaucoup de flexibilité et l'affermit dans celles qu'il croit les meilleures.*»

¡Con qué llamarada de luz ilumina eso el asunto! Cómo nos deja meditando! Qué sincera contribución es para la ciencia moral!

En suma, donde no hay un centro como una academia, si tenéis ingenio y vigorosas ideas, no por eso estáis en disposición de poseer el mejor estilo; si tenéis precisión de estilo y no ingenio, no sois idóneo en las mejores ideas.

Además, el espíritu provinciano exagera el valor de sus ideas, por no tener á la mano una elevada norma para probarlas. O más bien, por no tener tal norma, da demasiado valor á una idea á expensas de otras; las ordena mal; la fantasía lo atropella, y le agradan y desagradan con demasiada pasión y esclusivismo. En la admiración llora lágrimas histéricas, y en la desaprobación echa espumarajos de cólera. Por eso tenemos en la literatura dos maneras: la *volcánica* y la *agresiva;* la primera prevalece en nuestra crítica y la segunda en nuestros periódicos. Pues no teniendo la lucidez de una vasta inteligencia colocada como punto central, el espíritu provinciano no tiene su benignidad; no persuade, hace la guerra; no tiene urbanidad, el

tono de la ciudad, del centro, que siempre aspira á un efecto intelectual, y no excluyendo el uso de la zumba, no se separa de la cortesía, de la afabilidad. El tono provinciano es más violento y parece pretender más bien hacer efecto en los sentidos materiales que sobre el espíritu y la inteligencia; le gusta más pegar fuerte que persuadir. El periódico, con su espíritu de partido, su marcha y su manera de evitar matices y distinciones, sus artículos suscintos, punzantes y recargados, su estilo que en nada se parece á ese estilo *lenis minimêque pertiuax*—comedido y sin insistir con demasiada violencia—que los antiguos admiraban tanto, es su verdadera literatura; al espíritu provinciano le gusta en el periódico justamente lo que le hace mal alimento, precisamente lo que hizo decir á Goëthe, cuando se le apremió acerca de la inmoralidad de los poemas de Byron, que después de todo no eran tan inmorales como los periódicos. Los franceses hablan de *la brutalité des journaux anglais.* Lo que les sorprende viene de las tendencias inherentes á periódicos y escritos, sin tener en Inglaterra un centro de espíritu inteligente y cortés que les contenga, y ser más bien estimulados por el contacto del espíritu provinciano. Hasta un periódico como la *Revista del Sábado*, que aspira expresamente á la exención del vulgar espíritu de sus colegas, pretendiendo ser una especie de órgano de la razón, y que por esto merece mucha gratitud y ha hecho gran bien, hasta este periódico, replicando alguna crítica extranjera sobre nuestras precauciones contra la invasión, cae en un tono de este género: «Nos parece que hacer eso (tomar dichas precauciones) es eminentemente digno de una gran nación, y hablar de eso, como

indigno de una nación poderosa, nos parece eminentemente digno de un gran tonto.»

A cosas así se refieren los franceses cuando hablan de la *brntalité des journaux anglais;* ved ahí un estilo tan apartado de la cortesanía, con la nota que yo llamo de provincialismo. Y no deja de observarse con frecuencia la misma nota en las ideas de este periódico, lleno como está de entendimiento y habilidad; se permite ciertas ideas fijas que prevalecen demasiado en absoluto. No hablaré del presente, pero volviendo un poco atrás, ha hecho la crítica que tanto disgustaba al Emperador de los franeeses, que tanto desagrada al objeto de mis presentes observaciones, las academias; la crítica que fue tan apasionada del elemento alemán en nuestra nación y en todas partes, que aprieta los dientes si uno dice *Charlemagne* en lugar de *Carlos el Grande*, y en suma, que veía todas las cosas en el teutonismo como Malabranche las veía todas en Dios. Cierto que cualquiera puede muy bien encontrar faltas en el emperador Napoleón ó en las Academias. y mérito en el elemento alemán; pero es una nota de provincialismo no apoyar ideas de este género con más serenidad, sin alborotarse por ellas y sin convertirlas en manías.

En Inglaterra hubo necesidad de un milagro de ingenio como el de Shakespeare para producir una balanza de entendimiento, y de un milagro de delicadeza intelectual como la del Doctor Newman para producir la urbanidad del estilo. Cómo se nota en nuestro alrededor la falta de una balanza en una y otra cosa! cuánto, sin duda, se echa de menos en nosotros mismos, en cada uno de nosotros!; pero tal como está constituido el linaje humano puede verlo más claro en sus con-

temporáneos. Y, sobre todo, deberíamos reflexcionar por qué razón ellos y nosotros estamos expuestos á las mismas infiuencias; y vale más hacer las consideraciones fijándose en un contemporáneo de talento esclarecido, porque así siente uno más lo que le desmereee, y comprende mejor cuán superior sería libre de ellas. Hay que pensar en la diferencia de cómo sería Mr. Ruskin ejerciendo su ingenio, y cómo es ejerciendo su integencia, al considerar el colorido y la belleza de esto:

«Al pasear, en tiempo de primavera, por las praderas que se extienden en declives desde las orillas de los lagos suizos, hasta el principio de las colinas, ved cómo crece la hierba, espesa y lozana, mezclada con las mas erguidas gencianas y los lirios blancos; y cuando seguís las tortuosas sendas de las montañas, bajo las frondosas bóvedas que forman las arqueadas ramas cubiertas de flores—sendas que serpenteando por las verdes eminencias y mesetas descienden en ondulaciones perfumadas hasta las azuladas aguas, junto á las que se ven aquí y allá montones de heno recién segado, embalsamando el aire con el olor más suave—mirad hacia las montañas más altas, donde las ondas de un verde eterno se mueven silenciosamente en sus distantes espesuras entre las sombras de los pinos . . . »

He ahí lo que hace la imaginación, el sentimiento, el temperamento de Mr. Ruskin, la parte original é incomunicable, y cuán esquisita es! Todo lo que le sería posible sugerir á la crítica como objeción, sería que Mr. Ruskin hace más de lo que puede para escribir prosa; que lo que intenta así, sólo en la poesía es capaz de cumplirlo á su completa satisfacción; pero lo hace

con tal galanura, que el crítico puede vacilar al hacer la advertencia. Colocad al lado de este fragmento encantador, otro acerca de los nombres de los personajes de Shakespeare, donde la inteligencia y criterio de Mr. Ruskin, la parte comunicable, adquirida, está en juego y ved la diferencia:

«De los nombres de Shakespeare hablaré después con más despacio: son curiosos, y á menudo con barbarismos mezclados de varias tradiciones é idiomas. Tres de significado más claro han sido ya anotados. Desdémona, *suerte desdichada*, es también bastante sencillo. Otelo es, según creo, el receloso; toda la calamidad de la tragedia nace del único defecto y error en su magnífica fuerza reunida. Ofelia, servicial, la ingénua esposa perdida para Hamlet, tiene un nombre griego como el de su hermano Laertes; y su significación á la vez de un modo delicado á la última palabra de ese hermano sobre ella, que opone su dulce encanto á la inutilidad del grosero clero: «mi hermana será un ángel de *caridad*, mientras tú molestas aullando.» Hamlet está en mi creencia relacionado con *recto;* pues el completo enredo de la tragedia está en hacer traición al respeto del hogar. Hermione, como columna; Titania, la reina; Benedick y Beatriz, bendita y bendición; Valentina y Proteo, perseverante ó fuerte y veleidosa. Yago y Yachimo tienen evidentemente la misma raiz, es probable que sea el Yago, Jacobo, español, el suplantador.» (*)

Qué trozo tan extravagante es todo ese!

(*) A la verdad, el venezolano Don Francisco Antonio Delpino y Lamas, habría escrito sobre la nomenclatura de Shakespeare algo más hermoso y correcto que este pasaje del afamado literato inglés Mr. Ruskin. ¡Como que no tienen Academia?

No diré que el significado de los nombres de Shakespeare (dejo aparte la cuestión en cuanto á la corrección de las etimologías de Mr. Ruskin) no haga algún efecto á primera vista, pero darle ese grado de preeminencia es soltar las riendas á la fantasía, olvidar toda moderación y proporción para perder la balanza del entendimiento. Es para mostrar en la crítica la nota de provincialismo al mayor grado.

Además, ahí está Mr. Palgrave, dotado ciertamente de un tacto crítico muy delicado: su *Tesoro de oro* lo prueba en abundancia. El orden del plan trazado para esa obra, el modo con que lo siguió, la incorporación para aumentar su continuación de dos composiciones como las de Wordsworth y Shelley, demuestran una delicadeza de sentimiento en estas materias, que es sin disputa extraordinaria. Y sus notas están llenas de observaciones que también lo hacen ver. Lo más sorprendente son ciertas extravagancias en la crítica de Mr. Palgrave, asociadas á tan justo criterio, que se pueden achacar á la aislada posición del crítico en este país, á sentirse demasiado entregado á sí mismo, sin ninguna autoridad central que represente la cultura elevada y el sano criterio, por la cual pueda ser, por un lado, como ratificado contra los ignorantes, y por otro, contenido cuando se incline á tomarse libertades. Me refiero á cosas tales como esta nota al tratar de Milton:

«El ilustre conquistador Emathian mandó conservar . . . . »

«Cuando Tebas fue destruida, Alejandro mandó que se conservase la casa de Píndaro. *El era tan incapaz de apreciar al poeta, como Luis XIV de apreciar á Racine; pero aun el entendimiento limitado y bárbaro de Alejandro, comprendia*

la ventaja de un acto ostentoso de homenaje á la poesía.

Una nota como ésa la llamo un capricho ó una violencia; si esta comparación burlesca de Alejandro y Luis XIV, tan poco conforme á la manera de ver corriente, es mala—si el modo de ver corriente es, después de todo, el más verdadero—la nota es un capricho; pero aun siendo justo el propósito de menosprecio, la nota es una violencia; pues abandonando la ingénua manera de la acción intelectual, la persuación, la insinuación de la convicción sorprende é irrita al oyente, por contradecir sus ideas fijas y familiares sin una palabra de prueba ó preparación; y esto no es más que una violencia. En cualquier caso, la propiedad, la mesura, la centralización, que es el alma de todo criterio bueno, se pierde mostrando la nota de provincialismo.

De esta suerte, en el famoso *Handbook* se notan señales de un fino criterio, pero también las hay de la falta de una balanza segura, del sostén y restricción que da el saber que hablamos delante de jueces justos y severos. Cuando á Mr. Palgrave le desagrada una cosa, no siente la presión que le contenga, sea para probar con más atención su aversión ó para expresarla con moderación; no se para en barras, hace ver su desagrado como quiere, y su criterio y su estilo ganarían si estuviesen más sujetos:

«El estilo que ha llenado á Londres con la monotonía apagada de las calles de Gower ó de Harley, ó la insípida vulgaridad de Belgravia, Tyburnia y Kensington; que ha penetrado en París y en Madrid con las febles frivolidades de la calle de Rívoli y la calle de Toledo . . . . . »

Le desagrada la arquitectura de la rue Rivoli,

y la pone al nivel de Gower Street; las reune en una sola condenación, pierde de vista el matiz, la distinción, que es el todo en eso, á saber: la circunstancia de que la arquitectura de la rue Rivoli expresa ostentación, esplendor y placer, cosas indignas quizá de expresarse solas, pero que las expresa; mientras que la arquitectura de Gower Street y Belgravia sólo expresan la impotencia del arquitecto para expresar nada. Después, en cuanto al estilo, «la escultura que prevalece en contraste con la de Woolner con dificultad es más ignominiosa que divertida....... pasando de Davy ó Faraday al arte dcl juglar ó á la ciencia de machamartillo.... es la vieja y antigua historia de Marochetti, la rana tratando de hincharse hasta las dimensiones de un toro; se hincha cuanto puede, pero no llegará á eso. Todos recordamos qué turbión de amenazas llovieron sobre el pobre Mr. Marochetti.»

Además, Mr. Palgrave nos da oportunidad para formar un contraste que nos haga ver lo que es para el estilo la presencia de una academia, pues cita una crítica de Mr. Gustavo Planche sobre este mismo Marochetti. Planche era un crítico de primer orden, con opiniones resueltas que expresaba con severidad; condenaba también la obra de Marochetti, y Mr. Palgrave le llama como testigo para justificar lo que dice; la traducción de Mr. Palgrave no exagerará la urbanidad de Mr. Planche, tratándose de Mr. Marochetti, pero aún en esta traducción se vé la diferencia en sobriedad y moderación, entre el crítico que escribe en París y el que escribe en Londres. «Estas condiciones son tan elementales que no puedo comprender cómo Mr. Marochetti las ha descuidado. Son soldados como los de plo-

mo con que juegan los niños pequeños; es casi imposible conjeturar si hay un cuerpo debajo del uniforme. Esta no es cuestión de estilo, ni siquiera de gramática: no es más que el alfabeto del arte. Quebrantar estas condiciones es lo mismo que ignorar cómo se escribe.»

Esa es una crítica más formidable que la de Mr Palgrave, y sin embargo, qué estilo tan perfectamente templado! La ventaja que tiene Mr. Planche es que sabe que está hablando delante de jueces competentes, que apela á una fuerza de opinión ilustrada. Por esta razón, no necesita ser extravagante ni prorrumpir en invectivas: debe satisfacer la razón y el gusto; esa es su tarea. Mr. Palgrave, por su parte, siente que está hablando delante de una multitud confusa, con los pocos jueces justos tan esparcidos como sin autoridad; por lo cual no tiene serena confianza ni dominio sobre sí mismo; se apoya en la fuerza de sus pulmones, sabe que las palabras fuertes se imponen al populacho, y que si son ultrajantes, los que le oyen están dispuestos á decir aun más.

Los dos primeros volúmenes de la *Invasión de la Crimea* de Mr. Kinglake fueron ciertamente de los que han tenido más éxito y renombre entre los libros ingleses de nuestro tiempo. Su estilo es de lo mejor en ellos, y sin embargo, qué falta tan evidente en el estilo de Mr. Kinglake, en este modo de recargar de que ya he hablado!

Mr. James Gordon Bennett, Redactor del *New York Herald*, dice, según creo, que la mayor hazaña de la inteligencia humana es conseguir lo que él llama «un buen editorial.» Esto no es así del todo; pero si lo fuese, á qué altura estarían esos dos volúmeues de Mr. de Kinglake?

Ya he hablado de los estilos ático y asiático; hay además el corintio, que es el estilo para «un buen editorial» y Mr. Kinglake ha alcanzado en él la perfección. No tiene vehemente calor, el alegre movimiento y suave flexibilidad de la vida, como la tiene el ático, ni la recargada abundancia y encumbrado tono del asiático: tiene brillo sin calor, volubilidad sin facilidad y eficiencia sin encanto. Su cualidad es no tener *alma;* para lo que existe es para llegar á sus fines y hacer daño á sus adversarios, para ser admirado y triunfar.

Un estilo tan inclinado á hacer efecto á expensas del alma, sencillez y delicadeza, tan poco estudiosa del encanto de los buenos modelos, tan lejos de la verdad y gracia clásicas, puede decirse que tiene la nota de provincialismo. Aunque el talento de Mr. Kinglake es en realidad eminente, y tan en armonía con nuestras tendencias y hábitos intelectuales que, para la mayoría del pueblo inglés, las faltas de su estilo le parecen méritos, lo que se necesita más es que la crítica no se ofusque por ellos.

No debemos comparar á un hombre del talento literario de Mr. Kinglake con escritores franceses como Mr. de Bazancourt. Debemos compararlo con Mr. Thiers. Y cuánta superioridad de estilo tiene Mr. Thiers, por haber sido formado con severas tradiciones y saludables influencias de límite! Aun en este tiempo de Mr. James Gordon Bennet, su estilo no tiene nada de corintio, su lijereza y brillantez lo hacen casi ático. No obstante, no lo es del todo, no tiene la infalible seguridad del gusto ático.

Algunas veces se le calienta la cabeza con los humos del patriotismo, y entonces traspasa

la línea, pierde la moderación, declama y hace asomar una sonrisa momentanea. Francia condenada «*á ětre l'effroi du monde, dont elle pourrait ětre l'amour.*» César, á quien Mr. Thiers admira tanto por su exquisita sencillez, no hubiera escrito eso. Si se me permite decirlo así, hay un mínimo toque de fatuidad en tal lenguaje, de esa falta de buen sentido que viene de demasiada vehemencia y satisfacción propia. Pero comparad este lenguaje con el del mariscal Saint-Arnaud de Kinglake : «despedido de la presencia» de lord Raglan ó lord Stratford, intimidado y aplastado con sus severas censuras» ó bajo «la majestad del ceño de Kanning, el gran Elchi, y los gruesos labios inhumanos.» La falta de buen sentido y buen gusto va más allá de lo que los franceses dan á entender por *fatuité*; lo llamarían con otra palabra que expresase un defecto de perturbada inteligencia, palabra para la que no tenemos equivalencia exacta en inglés, *bête.* Es la diferencia de un exceso de buen carácter venial y momentáneo, en un hombre de mundo, de una debilidad amable y social, la vanidad ; y un error serio, fijo, violento, mezquino y provinciano, de todo el valor relativo de las cosas de unos y de los otros. Tan perjudicial para el estilo puede ser la falta total de freno, aun para el hombre más despejado.

En todo lo que he dicho no pretendo que los ejemplos dados prueben mi regla cuanto á la influencia dc las academias ; solo la explican. Es probable que podrían hallarse contra ellas muchos otros ; la verdad de la regla depende, sin duda, en si la balanza de todos los ejemplos está ó no en su favor, pero herir actualmente esta balanza queda siempre fuera de cuestión. Aquí,

como en todas partes, la regla, la idea, si es verdadera, se recomienda por sí sola á los prudentes, y luego los ejemplos se la ponen más clara. Hay también otro punto en toda la cuestión: el de la acción restrictiva que puedan tener las academias; pero este punto más bien les toca estudiarlo á los franceses y no á nosotros.»

El lector preguntará por alguna conclusión definitiva acerca del establecimiento de una academia en este país, y acaso con dificultad le daríamos la que espera. Pues *las naciones tienen sus propios modos de obrar, y éstos no se cambian fácilmente*; están consagrados cuando se han hecho grandes cosas por medio de ellos. Cuando una literatura ha producido á Shakespeare y á Milton, cuando ha dado á Barrow á á Burke, no puede abandonar del todo sus tradiciones; en el día de hoy, con dificultad puede empezar con una institución como la Academia Francesa. Creo que las academias, con una mira limitada, especial y científica, en las diversas ramas del trabajo intelectual—como, por ejemplo, las de Berlín—con el tiempo probablemente las estableceremos. Y no hay duda de que harán bien; de que la presencia de tales centros de información influyente y correcta, tenderá á levantar entre nosotros el modelo para lo que hemos llamado el *obrero de la literatura*, y nos librará del escándalo de dicccionarios biográficos, tales como el de Thalmers, ó de traduciones como una reciente de Spinoza, ó quizá de caprichos filológicos como el de Mr. Forster acerca del primitivo lenguaje. Pero una academia como la francesa, un órgano soberano de la opinión literaria más elevada, una autoridad reconocida en materias de tono y gusto intelectual, dificilmente la tendremos. Pero por

esta razón, aquellos de entre nosotros, con alguna disposicón para la literatura, harán bien en recordar á cuantos desaciertos y excesos estamos sujetos de los que una academia tiende á corregir; y más propensos, por supuesto, por no tenerla. Harán bien en precaverse constantemente respecto á éstos, en ampliar con firmeza su cultura y reprimir severamente el espíritu provinciano; y lo harán tanto mejor cuanto más conserven en la memoria que toda glorificación de nosotros mismos y de nuestra literatura, por el estilo de las palabras que cité de lord Macaulay, es muy vulgar, y además de ser vulgar, es un atraso.»

*
* *

¡Con qué patriótico interés, con cuánto lujo de argumentación, con qué inflexible lógica, deja comprobada Mr. Arnold la necesidad de las academias para el desarrollo de la inteligencia, para el mejoramiento de las razas y para el valer de las naciones!

Y es de notarse, ante ese cuadro vivo de la extravagancia inglesa, pintado de mano maestra por uno de los más sesudos filósofos de la Gran Bretaña; oyendo sus ingenuas confesiones; y contemplando el paralelo entre la literatura francesa y la inglesa, es de notarse la unidad de pensamiento y de acción con que la raza latina conserva en la Historia su indiscutible primacía por sobre la sajona, y la teutona, y la slava, y por sobre todas las demás, como para cumplir mejor la gran misión, el encargo divino que en los campos del Lacio recibiera, de hermosear el planeta hasta volverlo inmenso paraíso y de perfeccionar el alma humana hasta convertirla en santuario de lo bello, en destello purísimo que

marque, por la sensibilidad digna, por la conciencia justa y por la razón ilustrada, la línea de luz crepuscular, indefinible pero radiante, de lo perecedero á lo eterno, de la materia á la idea, de lo visible á lo incógnito, del mundo real á las etéreas cumbres que se multiplican y se desvanecen en los infinitos senos del Increado!

En efecto, con diferencia apenas remarcable en la Historia, que cuenta por centurias sus períodos y por edades la vida de muchas generaciones, cuando Richelieu vencía las preocupaciones de la época para fundar la Academia Francesa, el Rey Don Felipe V y el Marqués de Villena, colocaban, creando la Real Academia Española de la Lengua, la piedra angular de un templo en cuyas puertas pudiera escribir la fantasía aquellos versos del Dante:

Non v'accorgette voi che noi siam vermi.
Nati a formar l'angelica farfalla
Che vola alla giustizia senza schermi.

el Templo de la hermosa, de la rica, de la grande literatura española, que tantos días de gloria había de de dar á la musa castellana, y tantas armonías al espíritu, y tanto aliento al progreso general y tantos inmarcesibles lauros á la raza predestinada para plantear y resolver todos los problemas de la civilización universal.

Comprendieron aquellos beneméritos patricios que un rasgo de protección á las Bellas Letras basta para borrar los yerros del gobernante y redimir del olvido sus victorias; porque no hay

verdadera grandeza nacional ahí donde no brille la inteligencia ni lleve ofrendas el saber á los altares del patriotismo.

Hasta las carreras triunfales de los pueblos antiguos, que asentaban su dominación sobre lejanos territorios por el derecho de conquista, carecerían á nuestros ojos de todo mérito si sus poetas no las esmaltasen con las pedrerías del ingenio y si no las considerásemos como propagaciones de las nuevas ideas.

Homero deifica en su *Ilíada* los héreos de la Grecia naciente, antes que Herodoto pueda describirlos en sus narraciones, y tanto se conmueven Atenas y Esparta con los épicos cantos de Píndaro y Tirteo,y con la clásica palabra de Tucídides, como con su prestigio guerrero afianzado en las lides inmortales de Maratón, de Salamina y de Platea: Roma se proclamaba señora del mundo conocido, cuando producía los Horacios y Virgilios; y en los tiempos modernos, España completaba nuestro globo y encerraba el sol en sus inmensos dominios, cuando así podía ser empuñando la espada el terror de las naciones, como pulsando la cítara el encanto de la posteridad.

Por inaudita serie de proezas, que se confunden con la leyenda y con la fábula, la España de Numancia, de Sagunto, de Bailén y Zaragoza, es la tierra clásica del valor; y por otra espléndida diadema de olímpicos coronamientos, la España de Cervantes, de Rioja, de Garcilaso y de Granada, es también la tierra clásica de la imaginación y de la poesía.

Circunstancias inexcrutables en los designios del Arbitro Supremo de la humana historia arrebataron á esa gran nación el cetro político de las comarcas sur-americanas; pero no ha per-

dido, pero no perderá jamás, ni en millares de años, el derecho de vigilarlas como madre amorosa á hijas emancipadas, porque lo que nos infundió con la sangre, lo que nos trajo en la fosforescencia de sus naves, es la religión, es el idioma, son las costumbres, es decir, la trípode sobre que descansa el sér moral de las sociedades.

Y no podrán las crónicas del porvenir contar nuestra marcha ascensional y trabajosa, nuestros esfuerzos por acercar el prometido reinado de la *paz fecunda* y de la *libertad tranquila*, sin nombrar á España, síntesis de creencias y de tradiciones que hacen nacer de cada desengaño un deseo, y de cada desilución la sonrisa de otra esperanza; así como no contemplaríamos las soberbias cúpulas de las más audaces construcciones arquitectónicas, cuyas agujas parecen perderse entre las nubes, si no estuviesen sostenidas por sus cimientos, que se esconden en las entrañas de la tierra!

Con marcada predilección vió siempre España el cultivo de las Letras en los países latino-americanos, y especialmente en Venezuela, hasta el punto de dar puésto en el seno de la augusta Corporación que guarda el arca santa del idioma, á algunos de nuestros eslarecidos ingenios, y de procurar nuestro concurso en sus delicadas tareas, por medio de la Academia Correspondiente, en que justo es que hallen asiento los más distinguidos literatos, al cabo de una carrera de laboriosos merecimientos. Sirve así de estímulo á los que en la mañana de la vida se apasionan por los estudios literarios, y de galardón á los que ya esparcieron su cosecha; pudiendo decirse que esa Institución, sin esclavizar en nada

nuestro entendimiento, mantiene el culto de las tradiciones, que son para las Letras como para la Patria la historia, como para la familia los recuerdos y la educación; ligando con cadena de oro y flores lo pasado á lo presente y lo presente á lo porvenir.

Institución nobilísima, que los disturbios políticos y las pasiones *fin de siècle* debieran respetar, porque satisface una verdadera y perdurable necesidad de la República.

---

*
* *

El proceso de formación de ese Areópago Nacional de la inteligencia, que tan rudos y ciegos ataques ha sufrido en la prensa de estos últimos meses, es el que á grandes rasgos se leerá en seguida, conforme á datos fehacientes.

Por qué se le califica de guzmancista? Por qué se le quiere inmiscuir en la política? Por mediocridad pretenciosa, por odio irreflexivo, por vulgaridad retrógada: tres engendros del salvajismo que aborrecen la luz como perturbadora. (*)

No encontramos otras razones, siendo público que el General Guzmán Blanco no fue quien la creó, ni tuvo ingerencia en su fundación: la trajeron las causas anotadas arriba, fuerzas superiores á todos nuestros circunscritos gobiernos, circunscritos, sí, porque giran por lo común en círculos estrechos, alejados de la esfera de los progresos positivos y trascendentales.

(*) En estos puntos es de rigor hacer excepción de algunos escritores ilustrados, que atacan la Academia por lamentable extravío, ocasionado más bien por la vehemencia de pasiones politicas.

Guzmán Blanco fue simplemente tolerante é imparcial en todo todo lo que se hizo. Frescas están aun las memorias de aquella época; pero el autor de este folleto ha tenido que remover libros y periódicos, hacer indagaciones y visitas diversas para fijar fechas y ser preciso.

La *Academia Española* nombró Miembro Correspondiente en Caracas en 13 de Mayo de 1866 á Don Cecilio Acosta; en 23 de Febrero de 1871 á Don José Antonio Calcaño; en 22 de Noviembre de 1872 á Don Antonio Leocadio Guzmán, Don Antonio Guzmán Blanco y Don Pedro José Rojas; en 29 del mismo mes del siguiente año á Don Rafael Seijas; en 12 de Febrero de 1874 á Don Gerónimo E. Blanco; y en 26 de Junio de 1875 á Don José María Rojas.

Todos estos señores tenían encargo de propender á la formación de la *Academia Correspondiente*, para lo cual debían reunirse y proponer los individuos de los sillones no provistos. Sea por prelación de otras ocupaciones, sea por las agitaciones políticas de aquellos días, ninguno de ellos dió ningún paso en ese sentido.

En 6 de Marzo de 1882, la Real Academia nombró Correspondiente por sus estudios críticos á Don Julio Calcaño, sin previa consulta de su aceptación, por voto unánime y expontáneo, después de leer en Junta el Conde de Casa-Valencia un trabajo del nombrado. Este, en su contestación, que mereció ser colocada en el tomo V de las Memorias de la Corporación, ofreció hacer todo esfuerzo por organizar la Venezolana.

Cumpliendo la palabra empeñada, habló el señor Calcaño con los señores Don Antonio Leocadio Guzmán, Don Rafael Seijas y Don Gerónimo E. Blanco, enemigo éste de Guzmán Blanco; y

convenidos todos, se resolvió que Calcaño invitaría como era natural, al último, y le pediría un local apropiado para la instalación.

Calcaño, que como es notorio, hacía cerca de dos años que se había separado bruscamente de la Redacción de *La Opinión Nacional* y de la política activa, no tenía con Guzmán Blanco otras relaciones que las de respetuosa cortesía que siempre se debe al Primer Magistrado. Sin embargo, fué y le enteró de lo que se trataba. El General Guzmán Blanco le contestó que él no opinaba como los de la Junta; que creía muy útil una Academia y siempre la había deseado para la Patria, pero que observando los odios políticos que nos dividían, y considerando que los mejores literatos con que contaba el país pertenecían á los dos bandos antagónicos, sin que ninguno de éstos tuviera suficientes individuos aptos, y estando la mayoría de parte de los liberales, él no creía deber organizarla, porque no quería nuevos tropiezos ni que se dijera que lo hacía con móviles personales. El señor Calcaño le manifestó cuáles eran los fines de la Academia, cómo tenía que estar sujeta á los Estatutos, Reglamentos, etc., y que él cumplía un deber invitándolo como á Correspondiente y pidiéndole el local, única cosa que le exigían como á Presidente de la República, tanto más cuanto que sería feo que se instalara en una casa particular. El General lo llamó á una segunda conferencia, en la que leyeron los Estatutos y el Reglamento, convino en dar el local, pero se negó á asistir á la junta preparatoria y á tomar parte en ella ni directa ni indirectamente, porque ni tenía tiempo ni quería se creyese que ejercía presión.

En estas gestiones y en las conferencias sobre

los mejores candidatos, perdió la comisión varios días, de modo que mientras iban y venían las primeras cartas y oficios, el señor Don Evaristo Fombona presentó informe á la Academia Española sobre los méritos literarios de los señores Don Jesús M. Morales Marcano, Don Felipe Tejera, Don Marco-Antonio Saluzzo, Don Arístides Rojas, Don Manuel Ma Fernández, Don Eduardo Blanco y Don Amenodoro Urdaneta, y se les escribía pidiéndoles su aceptación. A la cabeza de éstos había resuelto la Academia nombrar á los señores Don Manuel Fombona Palacio y Don Eduardo Calcaño. Dieron todos su aceptación, menos el Doctor Arístides Rojas que creía imposible la organización de la Academia y que por la enemiga de su hermano Don José María con el Presidente de la República, juzgaba que no podría asistir al Cuerpo.

Por manera que cuando se dirigía la nota en que la junta Preparatoria participaba su instalación y proponía candidatos, ya estaban electos *ocho* individuos, á la sazón adversos á Guzmán Blanco *siete* de ellos, que con Rojas y el Doctor Blanco hacían *nueve*. Quedaban sólo tres sillones que, por haber recibido la Real Academia el aviso de instalación de la junta, no proveyó.

Qué hizo la Junta? No se limitó á presentar tres; presentó *cinco* para que aquélla eligiese los tres. Eran estos cinco el Doctor Jesús Ma Sistiaga, el Doctor Ricardo Ovidio Limardo, el Doctor Aníbal Domínici, Don Vicente Coronado y Don Eloy Escobar. La Corporación Española escogió á los señores Sistiaga, Domínici y Manrique; manifestó que el Doctor Limardo tenía su residencia en París, para donde había sido nombrado y que ella sentía que no hubiese más

vacantes, pues hubiera elegido también á los señores Coronado y Escobar.

La acertada y aplaudida elección del autor de *Venezuela Heróica*, Don Eduardo Blanco, fue posterior á la del primer grupo; mas no sabemos la causa; hemos inquirido sí que por orden del General Guzmán Blanco, quien no quería se imaginase nadie que él se mezclaba en intrigas miserables, el diario ministerial no cesaba de preguntar por qué la Academia Española no lo había nombrado, é instaba por su elección.

La Academia pensó en un principio en que el señor Don Evaristo Fombona, que es sin disputa un benemérito de las Letras, formase parte de la Corporación Venezolana, pero el señor Guzmán hizo observar, que siendo Fombona español, y mandando los Estatutos que los miembros de la Española fuesen españoles, natural era que los de la Venezolana fuesen venezolanos, aunque lo fueran por naturalización, pues que el país no era tan escaso en hombres de talento y saber, además de que el señor Fombona en su carácter de Correspondiente, tenía asiento y voz en el Cuerpo.

Así se instaló la Academia Venezolana. Guzmán Blanco le dió local, libros y mobiliario. Fue el Gobierno subsiguiente (1884) quien decretó los emolumentos de la Corporación.

Está averiguado también que el señor Calcaño propuso para Secretario perpétuo al sabio Doctor Rafael Seijas, uno de los más eminentes letrados del país, pero ya la Academia Española lo había elegido á él, y manifestó que si hubiera tenido facultad para ello, con gusto habría nombrado Bibliotecario perpetuo al Doctor Seijas: la Venezolana dió este cargo á Fombona Palacio.

*
* *

Respecto de los trabajos, los académicos son privados, y de ahí que el público no pueda apreciarlos constantemente.

Son para los diversos diccionarios, de la lengua, de sinónimos, etc. Léase el prólogo del Diccionario de la Academia Española, y se verá que la Venezolana trabaja y cumple con sus deberes.

Aun sin trabajar sería útil una Academia, como ya lo ha dicho uno de los notables publicistas extranjeros citados en el curso de esta obra, porque su existencia mantiene un foco de brillo para el país, ante propios y extraños, una influencia literaria saludable, por su carácter y su circunspección.

Entre el maremagnun de dislates con que algunos por mal reprimido despecho, otros por fines políticos que ningún medio rechazan, y los más por inexperiencia ó por ingénita rebeldía á toda suave y benéfica autoridad, se han dado á la triste tarea de desacreditar á la Academia, dijo

alguien que ella no elige sino sacerdotes, lo cual no pasa de ser una ridícula invención.

En la Academia no hay ni ha habido más que uno, y siempre en el mismo sillón. Y cómo nó? Los trabajos del Diccionario reclaman dictamen competente en Teología y Ciencias Eclesiásticas.

Cuerpos de esa naturaleza no se forman únicamente de poetas y novelistas, sí que de hombres entendidos en todas las materias que corresponden al lenguaje. Dos ó tres poetas gloriosos bastan para aumentar su lustre é importancia.

Bien quisiéramos reivindicar para Venezuela la gloria de la iniciativa en estrechar con la Madre Patria y con sus hermanas del Continente Americano los lazos indestructibles del lenguaje; pero ya que historiamos, debemos ceñirnos á la crónica de los hechos cumplidos, recibiendo inspiraciones de la verdad y de las fructíferas enseñanzas de la Historia.

Cuando la Academia Venezolana se instaló, ya existían la Colombiana, la Ecuatoriana, la Mejicana y la Salvadoreña; y posteriormente se han instalado la Peruana, la Guatemalteca, la Chilena y la Argentina. Todas estas Correspondientes trabajan con igual interés, pero más la Colombiana, la Mejicana y la Venezolana. Así lo proclama la prensa española y así se vé por el prólogo del Diccionario.

Entre los más graves cargos formulados por la crítica, figura el de haber nombrado Director perpétuo al General Guzmán Blanco;

Y la mano que traza las presentes líneas, que *ni siquiera un día le sirvió á ese gobernante*, que nunca firmó pacto alguno de adhesión incondicional, que siempre combatió resuelta y firme por la Patria

y nada más que por la Patria libre, así de la tiranía de un solo hombre, como de la oligarquía de un círculo, y como de la impeorable tiranía de la oclocracia, esta mano reconose complacida que Antonio Guzmán Blanco merece ese título, ante todo criterio desprevenido, porque él, Presidente ó proscripto, tirano ó esclavo, pobre ó rico, en Asia como en Venezuela, es un caballero inteligente y fino, que ha cultivado con éxito varias y muy importantes ramas de la literatura.

Otro cargo análogo contra la Academia lo funda un escritor bajo el pseudónimo de XX, en que no se ha nombrado *miembro honorario* al ciudadano que actualmente preside la República. (*)

Fuera de que por virtud de los Estatutos de la Corporación Española y también de la Venezolana, el Jefe del Estado tiene asiento de honor en sus reuniones, sea ó nó literato, basta á la gloria histórica de la persona de que se trata, el renombre alcanzado como primera espada de Venezuela, que fulguró con inmortal fulgor á la cabeza del pueblo venezolano en magna reivindicación del Derecho.

Ni en su carácter de Presidente de la República, ni particularmente, necesita de lauros académicos.

Creemos interpretar su genial modestia, declarándolo así.

El cargo rebatido no significa, pues, sino que los enemigos del secular Instituto han echado mano hasta del recurso de la adulación, betún que en-

(*) Véase *El Tiempo* número 322.

negrece pero que no da lustre, á pesar del iracundo cepillo de todos los bohemios. (*)

La razón aparente de todos los furibundos ataques que se han hecho á la Academia, es el trabajo literario del señor Julio Calcaño, *Reseña del estado actual de la literatura en Venezuela*, en el cual expuso su opinión *particular* sobre los rumbos que ésta lleva y las causas de su decadencia, según el leal saber y entender *del señor Calcaño;* opinión que le pidieron, pues no le pidieron la opinión de los despechados que lo atacan.

Aunque el propósito del presente estudio no ha sido nunca defender á determinadas personalidades, sino conservarse en la región serena de elevados intereses, como de las pátrias conveniencias, debemos consignar que, si bien la obra del Secretario perpétuo adolece, como todo lo humano, de imperfecciones más ó menos ostensibles, según las miras más ó menos ilustradas y generosas del crítico, contiene muchas y muy remarcables bellezas literarias; muy parcas y bien intencionadas censuras; y muy pocos y pálidos encomios á los más descollantes cultivadores de las Letras en la nueva generación; escasez que, no por significar un sentimiento de severidad natural en quien, obligado á inspirarse en la verdadera filosofía, cuya misión en la crítica es corregir sin exacerbar, levantando hábilmente las inteligencias hacia la eterna norma de todo criterio recto y de todo espíritu delicado, no puede pro-

(*) La Bohemia Literaria de Caracas no es una creación fantástica de la Academia ni del señor Calcaño. Ella existió realmente, organizada á imitación de la de París. Fue brillante y buena en sus principios, porque la constituyeron jóvenes patriotas de talento y de corazón. Así, no aludo á ella en el texto, sino que empleo la palabra *bohemios* en su sentido recto y sin ninguna intención ofensiva.

digar á diestro y siniestro sus alabanzas, deja de constituir el escollo en que ha caído el señor Calcaño.

La prueba de que en las causas reales de tanto ataque actúan principalmente el despecho y la pueril inconciencia, la encontramos palmaria en la temeridad de algunas observaciones tan insustanciales y descabelladas como ésta :

Que si dijo *singularmente* y no *particularmente*. Aunque no haya sinónimos en castellano, en ciertas ascepciones es indiferente emplear una ú otra palabra; y á nadie que no esté muy prevenido se le ocurre censurarlo.

Que no debió decir «nada debían al favor y condescendencia» sino «ni al favor ni á la condescendencia.»

Abrid cualquier gramática ó cualquier clásico, y leeréis :

«Otras anotaciones hay de las que recaen sobre *el plan y contextura* de la fábula, que pecan también de rigor excesivo . . . . .»

HARTZENBUSCH—*Observaciones sobre el Comentario puesto al Quijote, por D. Diego Clemencín.*

«El cual se decía que era labrado de todos *los metales y maderas* que se crían en la tierra.»

GRANADA—*El Símbolo de la Fé.*

«. . . . . . innumerables mártires, hombres y doncellas, viejos y mozos, que lo compraron con *la muerte y despedazamiento* de todos sus miembros.»

GRANADA—La misma obra.

«Los padres llaman á sus hijos Carlos ó Pompeyos, creyendo que con estos nombres les infunden *el valor y nobleza* de aquellos.»

SAAVEDRA FAJARDO—*República Literaria.*

«El adjetivo que especifica á varios sustantivos concuerda cen el que inmediatamente le sigue: «*Su magnanimidad y valor*», «*La conservación y aumento* de la República.»

Bello—*Gramática Castellana.*

«No cual estará representada por *el clero y nobleza*, y por los ilustres diputados de sus pueblos.»

Jovellanos—*Ley Agraria.*

Para que no pudiera hacerse esa elipsis tan elegante sería preciso que no hubiese conexión ó relación alguna entre los nombres, ó que se quisiera hacer resaltar la diferencia de las *cosas* ó *calidades* que designan, como lo dicen claramente Salvá y tantos otros gramáticos.

En cuanto á la crítica literaria, ya vemos por los anteriores ejemplos que están haciendo como el zancudo que pica en una encina; y por lo que respecta á la antipatriótica intención que le atribuyen á Calcaño, y de rechazo á la Academia, porque aquél duda de si fue oportuna la Independencia, nos parece absurdo el más monstruoso de la ciega pasión.

¡Increpad, si os atrevéis, al Libertador y Padre de la Patria moribundo sus *Mementos!*:

«*Los que han combatido por la Independencia han arado en el mar.*

«*Estos países caerán al fin en manos de tiranos ridículos de todas clases: las naciones europeas no se dignarán conquistarlos.*»

¡Pensamientos de profunda desesperación, de amarga é infinita tristeza! Con todo, en ellos revela Bolívar infinito patriotismo: trata de precavernos por la agudeza terrible del pronóstico

contra los males mismos que presiente, á ver si señalándonos las lúgubres extremidades de la discordia, nos hace borrar las denominaciones de partido y estrecharnos en abrazo fraternal para amar mejor la Libertad, practicar sin peligro las instituciones republicanas, y consolidar y engrandecer la Patria!

---

*
* *

Desde el comienzo de estas páginas habrán advertido los lectores inteligentes que el autor viene atormentado por la ambición de dejar en la sombra su personalidad, porque nada le parece más odioso en literatura, que eso de hacerse sugeto permanente de todos los períodos.

Mas, al llegar aquí cúmplele manifestar sin hipócrita modestia que, si bien no se tiene por literato sino por humilde enamorado de las Letras, las ha cultivado casi desde niño, por afición incontrastable.

Ha publicado tres folletos literarios y políticos; veinticinco discursos, entre ellos el de Recepción de Monseñor de Milia, Nuncio de Su Santidad, que le valió recuerdos desde Roma, y el panegírico del Libertador el 28 de Octubre de 1887, que obtuvo los honores de la reproducción fuera del país; y otras tantas composiciones poéticas y artículos sueltos sobre diversos temas.

Co–redactor del diario *El Venezolano*, de Valencia, á los *quince años*, 1875–76, junto con sus inol-

vidables maestros, los señores Doctores Benjamín Qüenza, Sebastián Casañas y Laurencio Silva;

Secretario del Gran Demócrata (*) Presidente de la República, General Francisco Linares Alcántara, *¡á los diecisiete años!;*

Publicó *á los diecinueve* su primer folleto *Para la Historia*, que fue el punto de partida de horrorosos infortunios, porque dió lugar á que se le supusiese algún talento, mérito contraproducente en más de un caso.

Semejante á esos arbustos que al desvolver sus hojas con enérgica virilidad, prometen imitar á los árboles en copiosos frutos y fresca sombra,

era necesario inutilizarlo, secarlo, exterminarlo con cualquier pretexto; y el destino, no menos implacable á veces que los hombres, se encargó de dar ese pretexto en una desgracia *tergiversable!* . . . .

. . . .

No obstante la cadena de desventuras que le ha enlutado los más hermosos años de la vida; no obstante las espinas que se le han regado en todos los caminos; no obstante la lucha angustiosa para levantar un patrimonio, en ocasiones teniendo que *animalizarse* por atenuar el odio solapado y cruel de sus estúpidos cuanto mezquinos y gratuitos enemigos; y siempre rehabilitándose con el proceso lento y difícil, pero seguro y eficaz, de la conducta; en medio de esa larga agonía de quien, antes que claudicar prefiere dar el ejemplo de la virtud perseguida y calumniada pero constante y firme, no ha dejado de consa-

(*) Y *Gran Caballero*, puede también llamársele, porque aunque huérfano de instrucción científica, sabía recibir á mandar recibir en su hogar é todo el que como caballero supiera en él conducirse. Precisamente al revés de su mal discípulo el *ingrato por antonomasia* Andueza Palacio.

grar á las Bellas Letras todas las noches sin sueño de esta aciaga existencia, obedeciendo maquinalmente á ese bello principio en virtud del cual las víctimas de la violencia se truecan, vivas ó muertas, en bienhechoras de sus enemigos!

En 1889 dió á la estampa LA LEY DE LAS LEYES, ensayo sobre Derecho Constitucional: en 1892, REMINISCENCIAS, que aunque versando sobre asuntos personales, se resiente de sus irremediables gustos literarios.

Pues bien! El señor Don Julio Calcaño ni siquiera le menciona en la RESEÑA!

¿Pero va por eso el *desconocido por la pasión de algunos, pero digno por la conciencia de todos*, á prorrumpir en denuestos contra el Secretario? Sería faltarse al respeto que quien se conoce se debe; y sería incalificable ceguedad tratar de desquiciar por ello á la Academia, inventando fábulas sin fundamento, ya que, en todo caso, ella no es solidaria en opiniones personales con sus individuos, de las cuales el sentido común proclama que no puede alcanzarla ni la más remota responsabilidad.

Y así se desprende, claro y concluyente, del artículo XXXII de los Estatutos de la Real Academia Española, que á la letra dice:

«En las obras que la Academia adopte y publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones; el Cuerpo lo será únicamente de que las obras merecen ver la pública luz.»

De modo que ni aun en las obras *adoptadas* tiene otra responsabilidad que la de la publicación, cuando ésta se haga por su cuenta.

Y por las bases de la Correspondiente Venezolana, los Estatutos de la Española son parte

integrante de los suyos; como que de ellos se derivan.

¿ Ha patrocinado la Academia el artículo del señor Calcaño ?

Conteste la conciencia de sus detractores!

⁂

Este folleto estaba destinado á contener prolijos estudios históricos y filológicos, pero el autor tiene que aproximar el punto final, por causas enteramente contrarias á su voluntad, y por creer que, ante todo criterio sensato, la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, está defendida por su historia y por la fuerza de las necesidades á que responde en el movimiento literario de Venezuela.

Mas, si ese luminar se apaga, si esa columna se desploma, porque así lo quieran los génios maléficos del oscurantismo, ahí quedará, en el derruido Templo de las Letras, vagando silencioso en el desierto recinto, pero esperando confiado las divinas reparaciones del porvenir, el inmortal espíritu de la raza latina en consorcio perdurable con el espíritu inmortal de nuestra América!

